

“Loca ella”

Los “piantados”, queridos y temidos por los vecinos, hacen parte del manicomio sin rejas que es la capital. Aquí, Mónica Fernanda, celadora en una parroquia del barrio Villaluz.

PREGUNTAME
POR

El manicomio por fuera

Texto y fotos: **Andrea Amaya Porras**
amayitasi@gmail.com

Barrio tradicional que se respete tiene su loco, que en la mayoría de los casos vive de la solidaridad de los vecinos y de los párrocos, como en dos de los cuatro casos que presentamos en esta crónica. La autora se arriesgó a entrevistarlos —porque a veces son agresivos— y aprovechó los instantes de lucidez para conocer sus historias. Cuando el Distrito recupera como parte de su patrimonio a cuatro famosos locos itinerantes —Margarita, Pomponio, el Negro Chivas y el Bobo del Tranvía—, aquí rendimos homenaje a los loquitos del siglo XXI que deambulan por las calles de Bogotá y cuidan sus esquinas como cancerberos.

‡ PORTADA ‡

{9}

Rodrigo, en uno de sus oficios varios de reciclador.



Rodrigo con un chico del barrio.

Parroquia de Santa Bernardita, donde Rodrigo limpia las bancas.



El ayudante del padre Ferney

Decidí ir un domingo a Patio Bonito, al sur de Bogotá. Me habían asegurado que allí había muchos loquitos; sin embargo, nunca vi a la quinceañera que se empetola en medio de la calle, según me contó doña Rosa, dueña de un puesto de vegetales en el barrio Tayrona, en Patio Bonito; ni tampoco pude hablar con Tibirino, otro loquito reciclador conocido por Víctor Cifuentes, quien vende cajas recicladas de madera a \$400.

Llegué en mi recorrido a la parroquia de este sector, Santa Bernardita, en la calle 5B Sur # 87A-70. Al entrar encontré a Rodrigo, del que me habían contado que hacía levantar a los feligreses de las bancas para poder limpiarlas. Los años en este oficio se asoman en su pronunciada joroba. Las campanas anuncian la misa que va a comenzar. Le propongo a Rodrigo que se tome algo conmigo. *"Pochola, pochola, vamos a tomar pochola..."*, repite el ayudante del padre Ferney. Preguntamos en varias tiendas si vendían Águila; hasta que por fin entramos donde Flor, lugar al que Rodrigo va casi a diario a tomarse más de una cerveza.

A los 53 años, sus ojos dan cuenta de lo infantil y frágil que puede llegar a ser, en medio de sus frases repetidas y risas contagiosas. Comenzamos a hablar de "Chabaquita", su novia, con quien se fuma sus cachos de marihuana por las noches, y de "Antoñín", al parecer un vecino suyo que trabaja en un taller de mecánica. Estos dos personajes hacen parte del

repertorio repetitivo de Rodrigo, a quienes nombra como en un trabalenguas. "Chabaquita" resultó ser la señora Isabel, que le da de comer todos los días en la parroquia. Y no fuma marihuana.

Por momentos es difícil entenderlo, por falta de sus dientes frontales superiores. Rodrigo estudió en el colegio La Córdoba, en Fontibón: *"El profesor me sacaba de clase porque no me amarraba los zapatos y me tiraba muchos peos..."*, dice constantemente, para luego afirmar que le hubiera gustado estudiar en la universidad una carrera llamada *"bolitas y palitos"*.

Mientras acompañé a Rodrigo a tomar cerveza donde Flor, los vecinos que entraban o salían de la tienda decían: *"Viejo callejero"*, *"Mucho loco"*. Sin embargo, Olga Hernández, habitante del mismo barrio, se quedó con nosotros, pues le pareció curioso ver a Rodrigo tomando en compañía de una mujer. Me enteré de que muchos vecinos del sector le ayudan con mercados, en la iglesia la gente le da moneditas y el padre Ferney se encarga de sus comidas. Él les corresponde como sólo sabe hacerlo: limpiando las sillas de la iglesia varias veces al día.



Mónica Fernanda, la celadora

Otro templo, en el extremo occidental de la ciudad, sirve de refugio a una hija perdida —pero de la mente—, que se gana la vida como celadora. En la carrera 77 # 57-38 del barrio Villaluz queda la parroquia San Carlos Borromeo, donde Mónica Fernanda encontró refugio desde hace diez años. Su colega, Isidro, que trabaja en el sector hace tres años, dice que Mónica cree que cuida toda la cuadra: *“Esa no me puede ver a mí, porque me empieza a madrear y a decir que le estoy quitando el puesto”*.

El primer día que la vi me dio miedo hablarle, pues varias personas me aseguraron que es de las que se van detrás de la gente para tirarle piedras o maldecirla. Sin embargo, Isidro me dijo que si yo no me reía en su cara y la saludaba como si fuera una amiga, ella no haría nada malo. Debajo de sus trapos esconde buenos sentimientos, transmitidos seguramente por su protector, un cura santandereano, Rodrigo Vega, quien la trajo de Bucaramanga cuando ella era una niña. Su oficio es el de celadora de la iglesia y cuidadora de carros, y así ha trabajado toda su vida. A falta de amigos tiene a su perra “Wendy Fernanda”, que le regalaron los policías del barrio.

Al siguiente día decidí comprarle el almuerzo y un pastelillo para la perrita. Al comienzo, Mónica parecía un poco desconfiada por mi presencia, pero al ver que yo comía de su almuerzo sin envenenarme, pidió



“Wendy Fernanda”, la compañera de Mónica Fernanda.

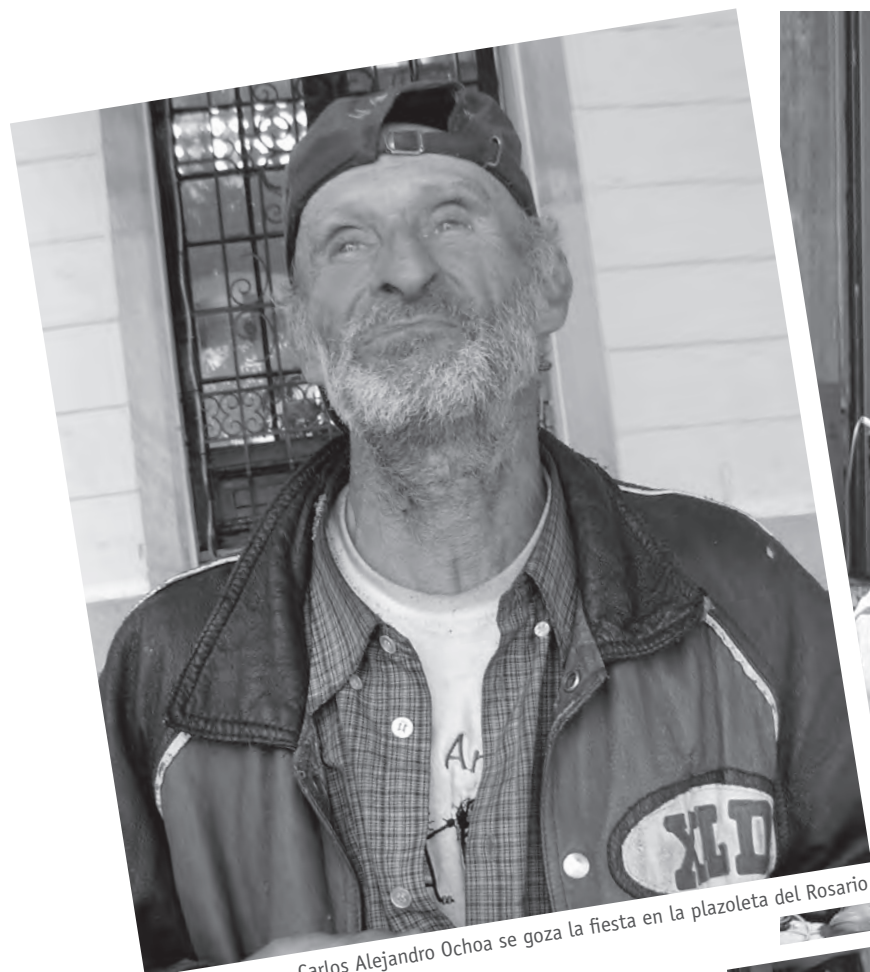


{11}

permiso para comer junto a “Wendy”. Entrada en confianza, me contó que detesta a los marihuaneros, cartoneros y a los hombres en general. Pasaron varios de ellos a nuestro lado, y Mónica se regó en prosa.

La gente se burlaba de su apariencia, pues antes usaba faldas cortas y se maquillaba la cara con colores llamativos. Así que decidió cambiar su look. Ahora luce sombrero, chaqueta y sudadera: *“Algunos vecinos me regalan ropa, también me dan de comer a mí y a la perrita”*. Vive y duerme en un cambuche armado con ladrillos, cartones y varias cobijas y trastea furiosa de un lado para otro los pedazos de ladrillo que se caen una y otra vez. Es como si Mónica disfrutara acomodando los “muebles de su casa”.

“...Yo soy la que cuida todo el barrio, también la patrulla...”, dice Mónica, y mastica con la boca llena de comida.



Carlos Alejandro Ochoa se goza la fiesta en la plazoleta del Rosario.



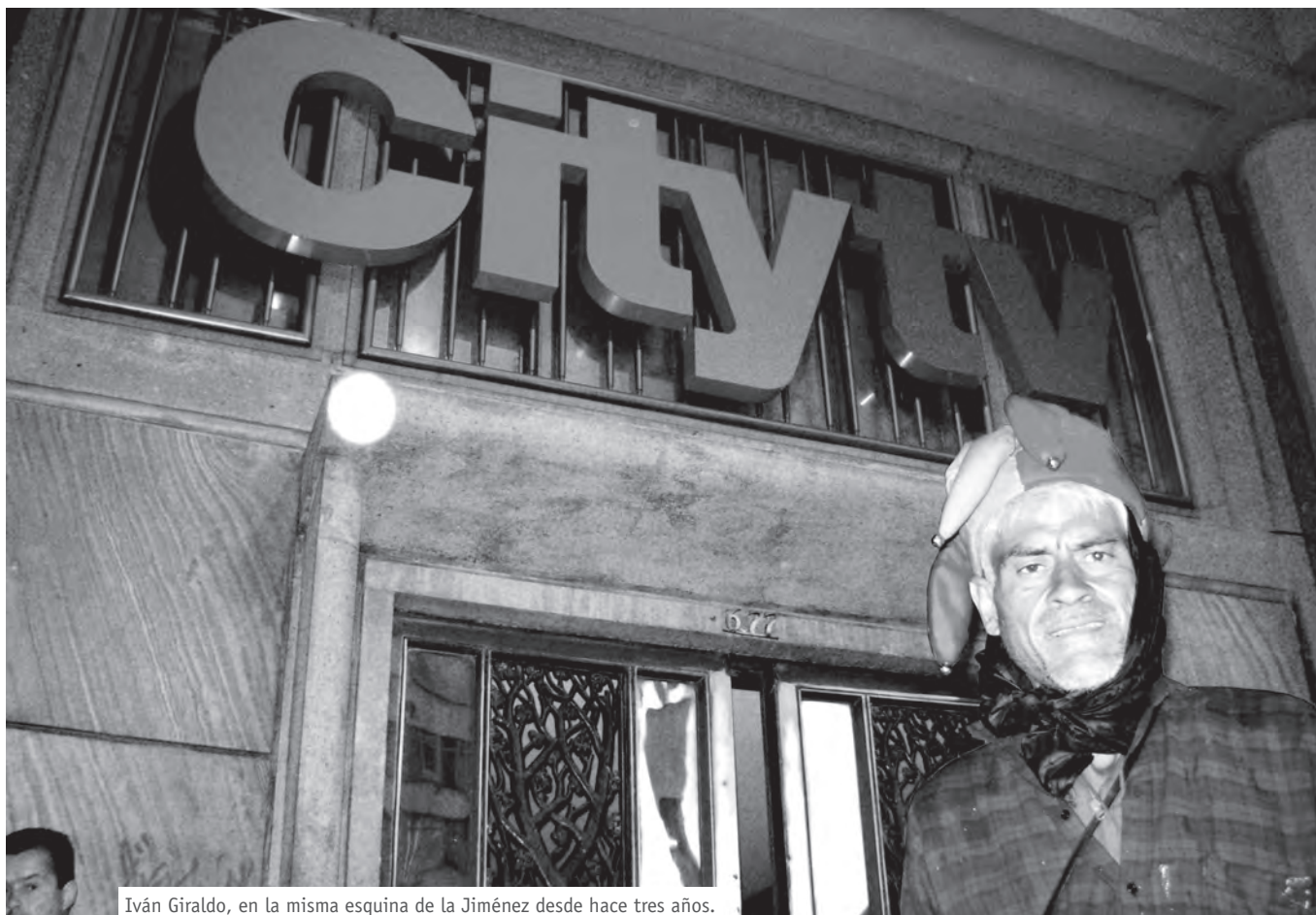
12

El hijo del mayor

La labor de reciclador de Carlos Alejandro Ochoa se vio interrumpida una tarde de viernes por un grupo vallenatero, que se instaló en la plazoleta de la Universidad del Rosario, en el barrio La Candelaria, para dar paso a sus pegajosas notas musicales. Nadie lo contrató para que fuera el centro de atención esa tarde, pues los transeúntes se reían del personaje de 63 años que bailaba y saltaba sin necesidad de pareja. Saludaba a todo el mundo y todo el mundo se reía de él, pero no le importaba.

De padre militar y madre inglesa, Carlos Alejandro cree que nació estrellado, pues el resto de su familia ha tenido la estrella del dinero, pero él perdió a sus padres desde temprana edad. *“Cuando tenía cuatro años, mi madre fue víctima de la violencia del 48, así que mi padre decidió meterme a las Granjas del padre Luna”*. A los ocho años terminó viviendo en El Cartucho, donde se casó con una niña gitana, la cual recuerda hasta el día de hoy por una cortada en su muñeca, símbolo de su amor. A los nueve años vivió en Bucaramanga con su padre y su madrastra ecuatoriana, más su tormento que su reemplazo maternal. El mayor Ochoa, padre de Carlos, fue comandante del batallón de Calarcá (Quindío), tuvo tres matrimonios





Iván Giraldo, en la misma esquina de la Jiménez desde hace tres años.



y en total 18 hijos, uno de los cuales es Jorge Alberto Ochoa, que se candidatizó para edil de Fontibón por Cambio Radical. *“Ese man es hijo de mi madrastra, se cree de mejor familia, yo con él no me hablo ni pienso votar por él”*, afirma Carlos.

Tras el asesinato de su padre en Estados Unidos —sobre el cual no entra en detalles—, Carlos dejó sus estudios de derecho en la Universidad de Boyacá, después de haber terminado el bachillerato en el colegio Calasanz, y se dedicó de lleno al alcohol. *“Las personas buenas las mandan a dormir y las malas ahí se quedan. Mi papá era mi brazo derecho, mi mejor amigo; su muerte me deprimió mucho, sus enemigos militares no lo quisieron dejar vivo”*.

A los 21 años se fue a México a sembrar calabazas durante tres años; volvió a Colombia y militó en la Alianza Nacional Popular (Anapo) fundada por el ex presidente Gustavo Rojas Pinilla. Allí conoció al cura Camilo Torres y a Carlos Pizarro. Desde entonces se ha dedicado a varios oficios: conductor, mecánico, instructor de defensa personal, reciclador y bailarín callejero de vallenato.

Hace varios años vive en un potrero cerca de la Media Torta. *“Ahí me hice un cambuche debajo de un árbol para poder cuidar el terreno y también a María Carmen Vaona, primera dama del Partido Liberal en 1916”*, dice él sobre su vecina.

El último caudillo colombiano

Desde hace tres años, en la esquina del edificio de Citytv, en la avenida Jiménez No. 6-77, trabaja un voceador antiuribista que paraliza a cualquiera que pase a su lado, pues su fuerte voz se escucha a varios metros a la redonda.

Iván Giraldo tiene 47 años y, según cuenta, sus problemas comenzaron desde que era niño: *“A los nueve años me violó en Cali el llamado ‘Monstruo de los Mangones’, después una prostituta negra me recogió y nos fuimos a vivir a Pasto. Mi familia, que vivía en Manizales, me encontró, pero yo ya estaba metido en el vicio (se me pegó de la negrita). Desde los 10 años fumo marihuana”*.

En 1979 se fue para Nueva York y allí, después de reencontrarse con unos amigos mafiosos, decidió meterse en el negocio del narcotráfico. *“Me acuerdo de que en 1982 me operaron en el tórax por una puñalada que recibí. Me declararon muerto, duré cinco minutos sin vida, hasta que uno de los médicos vio que me brillaban los ojos y volví a vivir. En 1993 me hicieron otra operación por problemas de la bilis, y mi vida volvió a cambiar”*. Y cambió radicalmente, pues asegura que el gobierno estadounidense implantó en su hígado un microchip

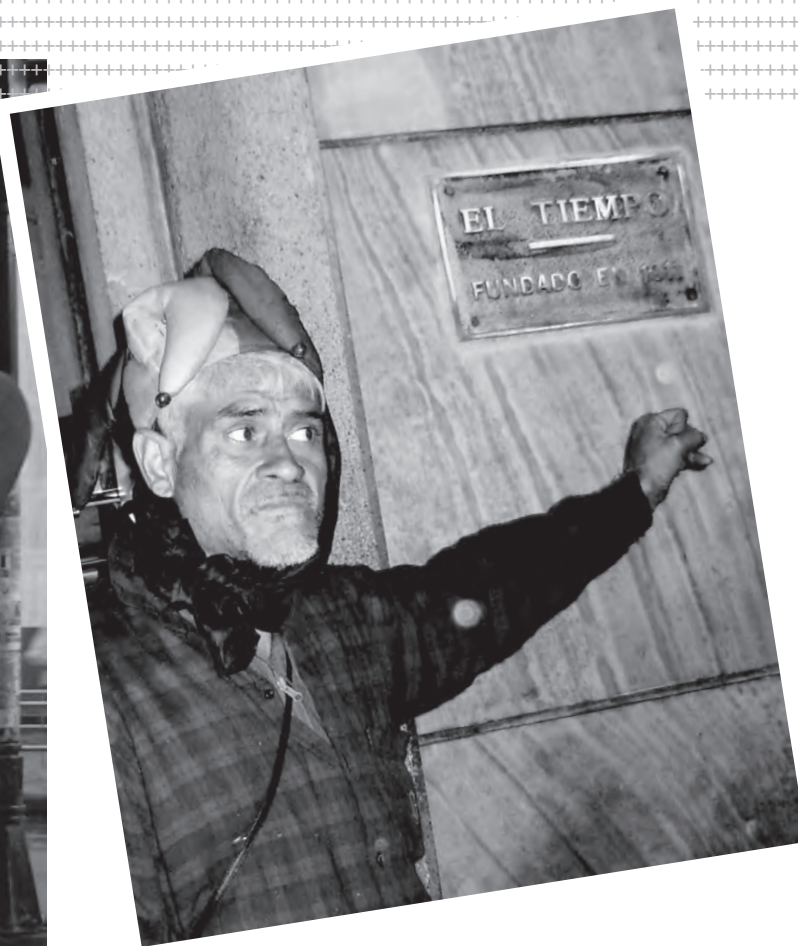


{14}

El "arcángel Iván", según sus vecinos.

que lo acompaña hasta el día de hoy. *"Ellos me hablan todo el tiempo a través de ese aparato; seguramente nos están oyendo; me han propuesto cometer actos de terrorismo, pero yo no he querido"*. En Estados Unidos vivió 20 años, la mitad del tiempo en una prisión, después de que lo capturaron por vender droga.

Debido al pequeño aparato electrónico que, según él, le instalaron en el hígado, Iván duerme en los parques o debajo de los puentes; antes solía pagar hotel, pero como hay detectives que lo siguen, le tocó irse de allí después de tres atentados con fuego en el lugar donde dormía. Aparte de echar pestes contra del presidente Uribe, Giraldo despacha taxis en la esquina de Citytv. *"Al día me hago \$6.000 o \$7.000, de ahí saco \$3.000*



diarios para comprar bazuco y unos \$200 de marihuana; eso es lo que me da energía para trabajar con esmero".

Iván ha tenido muchos problemas con la Policía; le han pegado varias veces, pero él no se deja sacar de su esquina, la que considera estratégica para su campaña contra el presidente, debido a la cantidad de políticos y militares que pasan por allí. *"La gente me dice que soy el último caudillo colombiano porque soy capaz de pelear y decir la verdad, así ponga mi vida en riesgo"*.

Este admirador de "Chepe" Santacruz (del cartel de Cali), y de los mandatarios Lula da Silva y Hugo Chávez, asegura decir siempre la verdad; incluso todos sus inventos e ideas han sido conocidas mundialmente, según él. Así que si quiere mantenerse informado acerca de la verdad de las Torres Gemelas y de los microchips de Uribe o si quiere conocer al "Arcángel Iván" —mote que le han puesto los vecinos—, vaya a la calle sexta con Jiménez: allí siempre está por las mañanas, ya sea con gorro de arlequín, de motociclista o de lo que encuentre en su camino.

Rodrigo, Mónica, Carlos e Iván no viven sólo de la caridad. Trabajan en lo que pueden y se han vuelto personajes queridos o temidos por la gente que los rodea. Quizá se hayan inventado una historia en su extravío; pero mañana harán parte de la leyenda urbana, como lo han sido, en todas las épocas, los loquitos típicos de los barrios.